



Corresponsal de paz

**Miguel Alemán V.**

Julio 24, 2012

Josip Broz Tito fue uno de los más férreos líderes políticos de la posguerra, construyó la integración de la zona balcánica para formar Yugoslavia. Fue uno de los líderes de la era soviética que supo marcar los límites al régimen socialista de la URSS y contener las fricciones entre Europa Oriental y Occidente. Respetado por muchos y temido por otros impuso la paz social y propició el desarrollo económico y los vínculos internacionales de su país con muchas naciones, entre ellas México.

Recuerdo su visita en el periodo del presidente López Mateos que fue interpretada dentro y fuera del país como una inclinación de México hacia las economías de corte socialista centralmente planificadas, que aunada a la política de respaldo al régimen de Fidel Castro causó que muchos funcionarios en la Casa Blanca levantaran las cejas, algunos con incredulidad y otros con preocupación.

Hoy al visitar nuevamente esta zona me encuentro con que aquella nación medianamente poderosa en lo económico y respetada en lo político ha sufrido un proceso de división, enfrentamiento y violencia civil cuyo nombre hoy representa no sólo un hecho histórico sino una teoría de división política en el surgimiento de nuevos regionalismos, la balcanización. Un fenómeno de guerra civil fratricida que llevó al extremo del enfrentamiento las diferencias regionales, étnico- raciales, religiosas y políticas para formar las repúblicas de Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia, Montenegro y Serbia así como dos provincias autónomas dentro de Serbia llamadas Kosovo y Metohija y Vojvodina.

Pueblos y regiones que fueron unidos por la fuerza para sobrevivir las consecuencias de la segunda guerra mundial en la línea de contacto con occidente decidieron reivindicar sus valores en el nuevo escenario de pacificación que se dio a partir de la caída del muro de Berlín y la consolidación económica de la región del euro. Hoy las ciudades de Belgrado, Sarajevo, Zagreb y Dubrovnik conservan su valor histórico y responden a nuevos nacionalismos que después de casi dos décadas gradualmente van buscando resarcir las huellas del encono y la violencia así como las muertes, miles de ellas, en eventos armados de carácter civil y otros de una vergonzosa “limpieza étnica”.

Muchos años tendrán que pasar para que estas nuevas naciones logren conciliar las viejas rencillas con sus respectivos proyectos nacionales que a pesar de haberse dividido políticamente, la historia, la geografía y el futuro económico los mantendrán

permanentemente unidos. A la distancia del tiempo cabe la pregunta de evaluar lo ganado por la división y lo perdido ante la falta de unidad.

En mi trayecto por estas regiones no puedo dejar de reportar la importancia que tiene la paz social para el desarrollo de pueblos y naciones, valor fundamental que una vez perdido genera retos que cuesta mucho tiempo y dinero superar. Y habrá casos en los que nunca las cosas volverán a ser iguales. Ese el caso del puente de Mostar, una de los monumentos históricos más importantes de la relación de Europa con medio oriente, una obra que la irracionalidad de la guerra de los Balcanes destruyó como objetivo militar a pesar de haber sido uno de los patrimonios más importantes de nuestra historia. Construcción que arquitectónicamente motivo el Puente de los Suspiros en Venecia y que fue el vínculo legendario de pueblos y culturas.

La guerra de los Balcanes tuvo una dosis importante de trafico de armas, abusos de autoridad y ausencia de orden jurídico donde a ley fue sustituida por la boca del cañón, donde la voz de a ciudadanía fue reprimida por las voces de las armas.

Hoy la paz ha retornado, la paz social y jurídica pero queda pendiente la paz del espíritu en donde en silencio pero con recelo quienes vivieron unidos hoy defienden orgullosamente sus nuevos nacionalismos. La ironía es que para ellos hoy el referente de violencia es México.

**@AlemanVelascoM**

**articulo@alemanvelasco.org**

**Político, escritor y periodista**